

REFLEXIONES
SOBRE LA ARQUEOLOGIA ARGENTINA DEL PRESENTE

Por CIRO RENÉ LAFON

I

Antes que nada, es necesario determinar con exactitud qué entendemos por "presente" en nuestra exposición, para poder manejarnos con seguridad, ya que la división en épocas de cualquier estudio de carácter histórico se hace difícil, porque siempre es difícil no sólo en la elección de hitos divisorios sino también la determinación de los rangos distintos que caracterizan el advenimiento de una nueva era o de un nuevo estado de cosas. A tales efectos, declaramos que hemos elegido el año 1948 para la iniciación del "presente" de la arqueología argentina porque en ese año tienen lugar una serie de acontecimientos que, por su importancia y trascendencia, estuvieron destinados a ejercer una acción directa sobre el desarrollo posterior de esa ciencia, en tal grado, que bien merecen ser tomados en cuenta como indicadores del comienzo de una época distinta de la anterior. Con esta aclaración, no hacemos otra cosa que poner en evidencia que, a partir de este instante, empezamos a hacer una historia contemporánea de la arqueología argentina enfrentando todos los peligros y dificultades que ella trae aparejados, sobre todo si quien la hace forma parte del devenir que pretende analizar.

Las aparentes dificultades y limitaciones que trae siempre consigo la redacción de una historia contemporánea no nos han arredrado, sino, por el contrario, nos han impelido a llevarla a cabo. Entendemos que el claro planteamiento de un problema es ya un gran paso dado hacia su solución y por eso, nos hemos atrevido a manejar personas y obras actuales, en el afán de puntualizar las principales líneas de fuerza que rigen el desarrollo de la arqueología argentina de nuestro tiempo que, como no escapará al fino criterio de nuestros colegas, está atravesando por un momento de crisis. Pensamos que, identificando esas líneas de

fuerza, objetivando con claridad las cuestiones que hacen a la esencia misma de su contenido e interpretación, y señalando algunos de los errores de los cuales ni siquiera nosotros mismos nos hemos librado de cometer, contribuiremos a solucionar, aunque sea parcialmente, aquella crisis. Hechas estas salvedades, pasamos a desarrollar nuestros puntos de vista que, como bien pueden ser catalogados bajo el rubro de ensayo histórico, ofrecemos a la crítica de nuestros colegas con la esperanza de que esa misma crítica traiga también su aporte al esclarecimiento de la cuestión que nos preocupa.

II

La iniciación de la nueva época fue señalada por algunos hechos de gran significación que habla bien a las claras de que una perspectiva renovadora se abría para nuestra arqueología en ese no lejano 1948.

En primer lugar Difrieri¹ dio a conocer los resultados de sus investigaciones en Payogasta, en una brevísima nota presentada al Congreso de Americanistas, celebrado en París en el año anterior. Un aura nueva ha recorrido los sitios clásicos con gran empuje y la consecuencia fue realmente trascendental: por primera vez se hizo estratigrafía en el noroeste. Con este estudio de Difrieri estamos en presencia de un fruto directo de la acción de los arqueólogos norteamericanos —especialmente Bennet— que estuvo en contacto con los jóvenes argentinos. El primer fruto, incipiente aun y cargado de la fuerte corriente etno-histórica que encabezaba su maestro, fue la monografía de Salas sobre el Antigal de Ciénega Grande, aparecida en 1945. Por rara coincidencia, ambos autores han abandonado hace tiempo el campo de nuestra ciencia, cuando mucho se esperaba de ellos y de su obra.

En segundo lugar Palavecino² reelaboró con mayores detalles las áreas y capas culturales del país que propusiera en 1932 al Congreso de Americanistas. El cuadro de la etnografía argentina del siglo XVI sintetiza inmejorablemente las fuentes históricas conocidas y la presentación arqueológica incorpora a su diagnóstico los conocimientos recientes. Breve, clara, sintética, la contribución de Palavecino, aunque

1 DIFRIERI, Horacio A.: *Las minas del Potrero de Payogasta* (Prov. de Salta, Rep. Argentina). En: *Actas del 28º Congreso de Americanistas de París, 1947*, pp. 599-604, París, 1948.

2 PALAVECINO, Enrique: *Áreas y capas culturales en el territorio argentino*, En *GÆA*, t. VIII, pp. 447-523. Buenos Aires, 1948.

sujeta a las modificaciones propias del perfeccionamiento de la ciencia, marca un hito señero: por primera vez se separa definitivamente el campo etno-histórico del arqueológico, los que a partir de entonces ya no se confundirán con tanta frecuencia.

En tercer lugar, Bennett y sus colaboradores³ publicaron la monografía sobre arqueología del noroeste que tanta influencia tuvo sobre el reducido grupo de especialistas argentinos en actividad. Con todos sus defectos y limitaciones, representó una valiosa contribución porque condensa un conjunto de observaciones y un criterio metodológico que sistematizaron íntensamente el caos de los conocimientos arqueológicos del extremo nor-oeste argentino. Ya nos hemos referido en otra oportunidad a esta obra, de modo que no insistiremos, aunque señalaremos que todo un grupo de investigadores que hace gala de la importancia del trabajo de campo como decisivo para la integración del conocimiento arqueológico de nuestras culturas aborígenes, ha basado sus elaboraciones en ella, que es un ejemplo típico de trabajo de seminario o, mejor dicho, de lo que, con cierto dejo de menosprecio, suele denominarse un "trabajo de gabinete".

Finalmente, también en 1948, se incorpora a la arqueología militante de nuestro país un distinguido especialista extranjero: el Dr. Osvaldo Menghin, sobre cuya influencia no consideramos el caso extendernos por ser de todos conocida. Su calidad de óptimo representante de la escuela histórico cultural sirve de base a una fuerte corriente formativa destinada a tener gran repercusión.

Con los auspicios que venimos de reseñar, pronisorios a todas luces, se inicia el presente de la arqueología argentina, según nuestra particular manera de ver las cosas. Los cuatro acontecimientos mencionados marcan, sin duda, una nueva era, aunque la falta de una larga perspectiva de tiempo conspira contra su exacta valoración.

III

La actividad de especialistas e instituciones que se dedican a la arqueología ha sido constante, aunque con altibajos, en el último decenio. Los centros universitarios del interior, lo mismo que los no oficiales han trabajado sin descanso. Una sensible pérdida para la ciencia fue la

³ BENNETT, Wendell C. y otros: *North western argentine archeology*. En: *Yale University Publications in Anthropology*, 38-39.

desaparición de las secciones de Arqueología y Antropología del Museo Argentino de Ciencias Naturales, que en la década anterior, del 30 al 40, trabajaron activamente: en 1947 se refundieron con el Museo Etnográfico, al que traspasaron sus colecciones.

El Museo de La Plata, algo disminuídas sus preocupaciones arqueológicas, recorre sin embargo la Patagonia. Los frutos de esta expedición son publicados por Vignati en 1950⁴. Al mismo tiempo, el Museo Etnográfico, con su nueva estructura trabaja fervorosamente: Imbelloni y sus discípulos inauguran en 1949⁵ una intensa campaña de exploración en la Patagonia, aunque orientada más hacia la antropología y la etnografía que hacia la arqueología. La acción de estas dos grandes instituciones nos da la pauta de una de las características más notables de estos tiempos: el aislamiento de hombres e instituciones. Se da el caso de que casi contemporáneamente dos expediciones científicas, orientadas casi hacia los mismos fines, recorren una misma región, sin que se establezca entre ambas el más mínimo contacto. ¿No representa esto una lamentable desperdigación de esfuerzos?

La atención particular de los arqueólogos es solicitada por diversos problemas y, sin pretender hacer una exégesis exhaustiva, pasaremos una breve revista a aquellos que tienen mayor significación para los fines que nos guían, es decir, para la determinación del contenido actual de nuestra arqueología.

Casanova, cuya militancia activa como jefe de la Sección Arqueología del Museo Argentino de Ciencias Naturales le brindara singular prestigio, concentra, a partir de 1950, todos sus esfuerzos en la restauración del Pucará de Tilcara⁶, dando cuerpo al viejo anhelo de Ambrosetti y Debenedetti.

Márquez Miranda resume y actualiza para una revista peruana⁷ el contenido patrimonial de la cultura diaguita y, más recientemente⁸, estructura un programa de estudio arqueológico, antropológico y etnográfico para la región meridional del continente, que representa un

4 VIGNATI, Milcíades A.: *Estudios antropológicos en la Zona Militar de Comodoro Rivadavia. I Relación*. En: Anales del Museo de La Plata (n. s.). Antropología N° 1. La Plata, 1950.

5 IMBELLONI, José: *Informe preliminar sobre la expedición a la Patagonia*. Buenos Aires, 1950.

6 CASANOVA, Eduardo: *La restauración del Pucará*, Buenos Aires, 1950.

7 MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando: *Panorama General de la Cultura Diaguita*. En: Revista del Instituto y Museo Arqueológico N° 15, pp. 55/79. Cuzco, 1953.

8 MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando: *Región Meridional de América del Sur*. En: Programa de Historia de América I, 10. Publicaciones del Instituto Panamericano de Geografía e Historia N° 71. Méjico, 1954.

ingente esfuerzo de síntesis que será de gran valor, sin duda, para futuros trabajos.

Von Hauenschild, hoy desaparecido, en monografías especialísimas, trata ciertos aspectos de la llamada cultura chacosantiagueña⁹ por fuera de la ya superada concepción de los hermanos Wagner, cuya continuadora, Olimpia Righetti, quizá por inercia, sigue en la misma línea hasta 1946¹⁰. No deja de ser sugestivo que todavía siga siendo Santiago del Estero una "terra incognita" para los arqueólogos nacionales. Después de Reichlen¹¹ no se han hecho excavaciones de envergadura y la cuestión sigue en pie, agravada por el hecho de que algún estudio parcial de última data¹² actualiza el problema.

Canals Frau, aunque no arqueólogo puro, incursiona por nuestro campo, a veces en plena corriente etno-histórica¹³, otras como arqueólogo y las más, como etnólogo. Su última obra de conjunto¹⁴ habla por sí sola. Muy recientemente, su presentación de la cultura de Agrelo¹⁵ que sin duda motivará discusiones fecundas, reveló sus inquietudes.

Serrano da a luz en 1950 un substancioso estudio sobre los aborígenes de Entre Ríos¹⁶, de honda raigambre etno-histórica. Más sólidos y de mayor vuelo son sus trabajos posteriores sobre el contenido e interpretación de la arqueología argentina¹⁷ y sobre arte y cronología de la región diaguita¹⁸. Su "cultura básica", con la que nos hemos atrevido a discrepar, demuestra una capacidad de especulación integral poco común.

9 HAUENSCHILD, Jorge von: *La técnica de la alfarería arqueológica de Santiago del Estero*. En: Publicaciones de la Sociedad Argentina de Americanistas, T. I, pp. 39/65. Bs. As., 1948/1951.

— HAUENSCHILD, Jorge von: *Influencias paranaenses y pampeanas*. En: Revista de la Universidad de Córdoba, año 1938, N° 1, pp. 107/156. Córdoba, 1951.

10 RIGHETTI, Olimpia y WAGNER, E.: *Arqueología comparada. Resumen de Prehistoria*. Buenos Aires, 1946.

11 REICHLEN, Henry: *Recherches archéologiques dans la Province de Santiago del Estero (Rep. Argentine)*. En: Journal de la Société des Americanistes de Paris, u. s., vol. 32, pp. 133/225. París, 1940.

12 PEDERSEN, Asbjörn: *Objetos de bronce de la zona del Río Salado. Región Chacosantiagueña*. En: Congreso Internacional de Americanistas, XXX reunión. Cambridge, pp. 92/100.

13 CANALS FRAU, Salvador: *Las poblaciones indígenas de la Argentina*. Bs. Aires, 1953.

14 CANALS FRAU, Salvador: *Las civilizaciones prehispánicas de América*. Bs. Aires, 1955.

15 CANALS FRAU, Salvador y SEMPER, Juan: *La cultura de Agrelo (Mendoza)*. En: Runa, Vol. VII, 2ª parte, pp. 169/177. Buenos Aires, 1956.

16 SERRANO, Antonio: *Los primitivos habitantes de Entre Ríos*. Paraná, 1950.

17 SERRANO, Antonio: *Contenido e interpretación de la Arqueología Argentina. El área litoral*. En: "Universidad", Revista de la Universidad Nacional del Litoral, N° 29, Santa Fe, 1954.

18 SERRANO, Antonio: *Consideraciones sobre el arte y la cronología de la región Diaguita*. Rosario, 1953.

Otro tanto cabe decir de sus "normas" para descripción de la cerámica¹⁹ y de su presentación última de las culturas del litoral²⁰.

Ibarra Grasso²¹ propone una nueva interpretación de la arqueología argentina no exenta de originalidad, que aparte de originar una polémica con Palavecino, permitió a Imbelloni²² terciar en ella con particular acierto. La exacta valoración de los elementos andinos y amazónicos en las culturas argentinas concierne a su esencia misma y es de gran interés para nuestra ciencia, por eso nos parece de gran valor el ensayo de Imbelloni sobre la terracota de Rurrenabaque²³.

González representa uno de los valores más activos de los últimos años que ha dedicado su mayor preocupación al sector diaguíta y a su cronología. Ha dirigido numerosas expediciones arqueológicas, entre las cuales sobresale la que tuvo como destino Laguna Blanca²⁴, y ha publicado variados trabajos que, como los referentes a contextos culturales del Valle de Hualfin²⁵ y a la cultura Cóndor Huasi²⁶, lo colocan en primera fila. A él cupo también la apertura de un amplísimo campo de posibilidades con sus estudios sobre las culturas precerámicas de las sierras centrales²⁷ que diera a conocer después de sus excavaciones con Menghin en Ongamira.²⁸

Menghin, desde la iniciación del período que consideramos "presente", haciendo gala de entusiasmo infatigable, ha reivindicado para

19 SERRANO, ANTONIO: *Normas para la descripción de la cerámica arqueológica*. En: Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore Dr. Pablo Cabrera, de la Universidad de Córdoba, N° 24, Córdoba, 1952.

20 SERRANO, ANTONIO: *Los pueblos y las culturas indígenas del litoral*. Santa Fe, 1955.

21 IBARRA GRASSO, D. E.: *Nueva interpretación sobre la arqueología del Noroeste argentino*. En: Ciencia Nueva, Año I, N° 1. Tucumán, 1950, pp. 11/37.

22 IMBELLONI, JOSÉ: *Lo andino y lo amazónico en el noroeste argentino. Una interesante polémica*. En: Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, Vol. XIII, 1950. Méjico, 1951.

23 IMBELLONI, JOSÉ: *La extraña terracota de Rurrenabaque (N. O. de Bolivia) en la arqueología de Sudamérica*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre, Vol. III, Buenos Aires, 1950.

24 GONZÁLEZ, ALBERTO R.: *Investigaciones arqueológicas en el N. O. argentino*. En: Ciencia e Investigación, X, 7, Bs. As., 1954.

25 GONZÁLEZ, ALBERTO R.: *Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. argentino (Nota preliminar)*. En: Anales de Arqueología y Etnología, Facultad de Filosofía y Letras, Vol. XI, año 1950, Mendoza, 1955.

26 GONZÁLEZ, ALBERTO R.: *La cultura Condorhuasi del noroeste argentino; apuntes preliminares para su estudio*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre, Vol. VII, 1ª parte. Bs. As., 1956.

27 GONZÁLEZ, ALBERTO R.: *Antiguo horizonte precerámico en las Sierras Centrales*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre, Vol. V, partes 1-2, Bs. As., 1952.

28 GONZÁLEZ, ALBERTO R. y MENGHIN, OSVALDO: *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira (nota preliminar)*. En: Noras del Museo de La Plata, Tomo XVII, Antropología, 67. La Plata, 1954.

las sierras centrales, para el Sud de la Provincia de Buenos Aires²⁹, para el litoral misionero³⁰ y especialmente para la Patagonia³¹ la importancia básica que nunca debió perder ese enorme ámbito geográfico, algo abandonado frente a la intensidad con que se han estudiado últimamente las altas culturas. Más adelante volveremos sobre este autor con motivo de otras apreciaciones.

La escueta lista de autores y obras precedente tiene, sin duda, algunas lagunas, de las cuales una es voluntaria, y de ella hablaremos inmediatamente. Se trata de la que se ha dado en llamar "la nueva generación", cuyos nombres no figuran en aquella enumeración, porque haberlos incluido significaba ya una valoración, y como formamos parte de ella, nos consideramos inhibidos para emitirla. No faltará, es de esperar, que algún juicio, más moderado, más ecuánime y menos vehemente, colme ese vacío. Sin embargo, trataremos de caracterizarla aunque sea brevemente.

La "nueva generación" está integrada por un grupo de estudiosos jóvenes —infortunadamente bastante reducido— que en los tiempos recientes ha ido enriqueciendo su formación en la paciente sí que ardua "vida de Instituto", verdadero noviciado en el camino de la ciencia. Los estudios universitarios, la rutina del instituto científico, la práctica docente, la colaboración directa con los maestros, y una sólida base histórico-filosófica, sin la cual no se podrá hacer nunca "Ciencias del Hombre", permiten esperar mucho de ella.

El drama de esta generación tiene singulares matices. En primer lugar, empezó a desarrollarse y a adquirir individualidad en un completo aislamiento respecto de sus colegas del país y del exterior como consecuencia del sistema particular de trabajo imperante, que hacía de cada centro de investigación una célula aislada. Luego, la falta de posibilidades para publicar y, por qué no decirlo, de la palabra de aliento, contribuyeron también a retraer a sus componentes, que, pese a todo, no disminuyeron sus esfuerzos. Finalmente, como si esto fuera poco, esta nueva generación representa una alteración en el juego natural de maestros a continuadores o discípulos. Entre ella y la generación rectora de 1940 falta un eslabón: los Salas, Difrieri, Paulotti, etc., que han

29 MENGHIN, Osvaldo y BORMIDA, Marcelo: *Investigaciones prehistóricas en las Cuevas de Tandilia (Prov. de Bs. As.)*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre, Vol. III, partes 1-2, Bs. As., 1950.

30 MENGHIN, Osvaldo: *El Altoparanaense*. En: Ampurias, Vol. 17-18, Barcelona, 1955/56.

31 MENGHIN, Osvaldo: *Las pinturas rupestres de la Patagonia*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre. Vol. V, partes 1-2, Bs. As., 1952.

abandonado el campo, colocando frente a frente a dos generaciones discontinuas, lo que tiene no poca importancia. Representa una nueva y grave responsabilidad: no plantear una falsa situación de oposición entre ambos grupos, que contribuiría a empeorar el porvenir de nuestra ciencia. Este peligro es más ficticio que real: largos años de aprendizaje nos han enseñado que la humildad bien entendida es también una gran virtud para el hombre de ciencia.

Con estos antecedentes hemos salido a la palestra hace ya dos años con un resultado que no nos es dado juzgar a nosotros. Mucho han variado las cosas desde que, con motivo de la visita de un arqueólogo extranjero, Richard P. Schaedel³², hecha en circunstancias muy especiales, tuviéramos algunos de nosotros un "bautismo de fuego" en la discusión pública, demostrando que no en vano llevábamos ya un lustro de Instituto.

IV

No es tarea fácil historiar el tiempo presente ni tampoco resulta poco difícil determinar las principales orientaciones que presiden nuestra arqueología, pero la evidencia notoria de algunas de ellas nos permite su identificación con mayor o menor detalle según los casos.

La corriente que ha hecho de la etno-historia la base de sus especulaciones, ha tomado clara conciencia de su valor y reconociendo el irremplazable significado de su testimonio para el momento del Descubrimiento, ha limitado ese instante, como siempre debió ser, su esfuerzo. Creemos, sin temor a equivocarnos, que Canals Frau y Serrano pueden ejemplificar perfectamente nuestras aseveraciones.

La corriente cuasi fantástica que se complació en elaboraciones mitográficas o especulaciones arbitrarias, ya muy venida a menos, tuvo todavía en época contemporánea algunos estertores que por inercia, como apuntamos, continúan rodando.

La corriente puramente descriptiva y clasificatoria, con algunos que otros atisbos de síntesis, está presente aún con auge insospechado. Como en otra oportunidad lo hemos declarado³³ ni siquiera nosotros, hoy

32. SCHAEDEL, Richard P.: *Mesa redonda de Arqueología del N. O. argentino*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre. Vol. VI, partes 1-2, Bs. As., 1953/1954, pp. 285-286.

33. LAFON, Ciro René: *De la cronología y origen de las culturas del N. O. argentino*. En: Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie), Secc. Antropología, t. V, pp. 1-27. La Plata, 1958.

puestos en historiadores (¿ o censores?) de la ciencia, conseguimos librarnos en nuestra iniciación de esa tendencia, como es fácil comprobarlo.

Por último, la cuarta corriente, la verdaderamente constructiva, latente desde el siglo pasado con mayor o menor fuerza, la que busca reconstruir por sus propios métodos la cultura de los pueblos extinguidos, la que nunca olvidó la condición de ciencia histórica propia de la arqueología, ha resurgido con gran vigor, que la coloca en un puesto de honor. Prototipo de esta tendencia son los trabajos de Menghin, sin menoscabo de otros autores.

Pero la presencia de esas cuatro corrientes no basta por sí sola para tipificar los tiempos actuales. Hay otros rasgos que determinan con mayor justeza el estado de los estudios arqueológicos argentinos sobre los que nos extenderemos a continuación.

La cronología, columna vertebral del conocimiento arqueológico, ha recobrado el lugar que nunca debió dejar. El reconocimiento de su importancia no es, en modo alguno, descubrimiento actual. Ha resurgido, simplemente, como continuación de una línea que tiene como origen a Uhle y a Boman, que reconoce a Serrano, Imbelloni e Ibarra Grasso como hitos liminares, para llegar finalmente a Menghin y González. El primero, que estructura los fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia³⁴; el segundo, que tras establecer la sucesión de las culturas precerámicas en las Sierras Centrales mediante las excavaciones en la cueva de Inti Huasi, ordena los contextos culturales del valle de Hualfín y da a conocer las dos primeras fechas obtenidas por el radio carbono para culturas arqueológicas de la Argentina central y septentrional.³⁵

La metodología se renueva al mismo tiempo. El método estratigráfico da sus primicias a los arqueólogos argentinos, de Difrieri en adelante. González agrega la fotografía aérea, la seriación de tumbas y la excavación de basurales. Menghin, por su parte, hace lo propio en Patagonia con la ayuda de glaciólogos, geólogos y vulcanólogos. Ambos, Menghin y González, coinciden, como hemos visto, en Ongamira.

34 MENGHIN, Osvaldo: *Fundamentos cronológicos de la Prehistoria de Patagonia*. En: Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre. Vol. V, partes 1-2, Bs. As., 1952.

35 GONZÁLEZ, Alberto R.: *Dos fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radio carbón*. Rosario, 1957.

V

El proceso de renovación de que venimos de dar cuenta reconoce su origen en diversas causas que han actuado intensamente haciendo fructificar un fondo existente que sólo esperaba un estímulo externo para ponerse de manifiesto.

La primera gran oleada renovadora reconoce su impulso inicial en el influjo de la arqueología estadounidense, que actuó unas veces directamente y otras, en forma indirecta. Directamente, por la presencia temporal de algunos arqueólogos de aquel origen en nuestro país que, como Bennett, ejercieron especial influjo en algunos jóvenes antes de 1948, y también por la ponderable obra de González, formado en esa escuela. Indirectamente, por las publicaciones que con mayor o menor regularidad y en mayor o menor cantidad, llegan a estas tierras. La arqueología del noroeste argentino de Bennett y sus colaboradores, es decisiva a este respecto. Cabe destacar que no sólo los jóvenes sino también algunos hombres de los viejos tiempos, como Serrano, fueron permeables a las nuevas ideas.

La segunda gran corriente renovadora se gesta y se desarrolla por obra directa y personal de Menghin, detrás de cuya simpática personalidad se escudan cien años de prehistoria europea y toda una escuela que lo respalda. El fruto no se ha hecho esperar, pues ha devuelto el prestigio a la prehistoria argentina, tan venida a menos después de Ameghino. Es de estricta justicia destacar que no son extrañas a este rápido florecimiento algunas semillas arrojadas por Imbelloni —adherente *sui generis* de los ciclos culturales— y las traducciones y comentarios de Graebner que ya se conocían.

Este doble origen de las adquisiciones recientes plantea una doble interpretación en cuanto a la finalidad propia de la ciencia en sí. Estas dos corrientes coinciden en lo que atañe al primer paso de la investigación arqueológica, es decir, al trabajo de campo, pero en la elaboración subsiguiente, médula del conocimiento arqueológico integral, difieren fundamentalmente. Y esto reviste particular significado puesto que entendemos que la razón de ser de la arqueología como ciencia está en el segundo paso, donde el factor personal —léase formación filosófica, histórica, humanística— tiene especial intervención. Estamos frente a una lucha que todavía no se ha objetivado, pero que es imprescindible objetivar para poder elegir la senda con claridad. En otros términos: se han de enfrentar en un campo nuevo —la Arqueología Argentina— la concepción de la arqueología del Viejo Mundo con la concepción de

la arqueología estadounidense. De esta confrontación ha de surgir, sin duda, un fortalecimiento para la escuela antropológica argentina, de rancia estirpe, no desmentida jamás. A este propósito, recordamos que no estaría de más trasladar a nuestro ámbito muchas de las acotaciones del reciente trabajo de Hawks sobre la contribución de la prehistoria del Viejo Mundo a la del Nuevo Mundo³⁶.

Esta situación, por sí sola, ha hecho que al comienzo de nuestra exposición mencionáramos la palabra "crisis", pero hay otra razón que nos llevó a tal calificación: el reducido contingente de especialistas que hoy militan en nuestras filas. Si bien la importancia de un movimiento científico debe medirse más por la calidad de sus integrantes que por su cantidad, es indudable que en nuestro caso el número de investigadores incide sobre el desarrollo de los estudios arqueológicos. El campo es tan vasto que aunque un pequeño grupo de hombres trabaja sin cesar, no abarcará sino una ínfima parte de la gran tarea por realizar. Así se resiente, en grado sumo, el progreso de una ciencia por falta de número, máxime en un país como el nuestro, donde apenas si estamos saliendo del estadio de los "pioneros", donde todavía tiene mayor desarrollo la tarea de "hombres" y no de "escuela", que lleva a veces "lo personal" al campo de la ciencia, afectando así su estructura.

VI

El doble planteo que mencionáramos en el acápite anterior ha alcanzado de lleno a la "nueva generación", en cuyas filas se reconocen dos tendencias claramente delineadas que responden, a su vez, a posiciones de espíritu distintas en su esencia.

La diferencia en cuanto a los fines propios de la arqueología es la verdadera causa de la desorientación que aparentemente preside las especulaciones del presente en el campo de nuestra ciencia, a la que han llegado en aluvión y contemporáneamente una serie de innovaciones procedentes de otros campos del conocimiento, con tanto empuje, que amenazan la solidez de sus fundamentos cuando, en rigor de verdad, deberían haber servido para hacerlos más fuertes.

La aparente desorientación que preside los fines de la actual arqueología argentina es debida, en buena parte, a que algunos especialis-

³⁶ HAWKS, Ch.: *Archeological Theory and Method*. En: *American Anthropologist*, Vol. 56, N° 2, parte 1, Wisconsin, 1954.

tas han olvidado que, ad initio, la arqueología es una Ciencia Histórica, condición que debemos mantener a todo trance si no queremos verla convertida en una de las tantas pseudo ciencias en que se diluye la actividad intelectual de nuestros días. A ella incumbe, en cuanto ciencia histórica, la reconstrucción del primer capítulo de la historia universal del hombre, para lo cual debe integrar los patrimonios culturales de las civilizaciones desaparecidas a la luz de sus métodos propios, dando voz a los restos materiales, único documento que la mayoría de las veces puede utilizar. Si a esto agregamos que el hombre es el único autor de esos restos materiales por ella estudiados, es casi innecesario repetir que es también la arqueología, primordialmente, una Ciencia del Hombre y, por lo tanto, siendo el hombre un creador de cultura, es también una Ciencia del Espíritu.

Ese olvido ha incidido con intensidad particular en los últimos tiempos sobre la adopción, por parte de los arqueólogos, de métodos extraarqueológicos en el afán, muy loable por cierto, de acumular la mayor cantidad posible de datos sobre los restos materiales objeto de su estudio. Así, hemos asistido a la incorporación de una serie de preciosismos técnicos que van desde gran profesión de medidas al milímetro o décimas de milímetro, hasta el análisis químico cualitativo de pastas y pinturas, sin olvidar complicadas estadísticas, porcentajes y gráficos matemáticos que son característicos de la mayor parte de las monografías recientes. Lejos de nosotros negar sistemáticamente valor a semejantes contribuciones pero entendemos que deben ser valoradas en su justa medida, como algo accesorio y circunstancial, y no como el objeto propio de la arqueología. De no cumplir con este requisito, nos iremos hundiendo poco a poco en un tecnicismo que terminará por ahogarnos, restringiendo al máximo las posibilidades de especulación en un contrasentido lógico, como es sujetar a leyes matemáticas los fenómenos de una ciencia que es, originalmente, una ciencia del hombre.

Otro tanto ha ocurrido y está ocurriendo con la cronología. La importancia de la cronología para la integración del conocimiento arqueológico es fundamental por su misma raigambre histórica, puesto que sin cronología no hay historia. Pero la cronología no debe ser tampoco el único fin de la arqueología, ni debe ésta reducirse a la ubicación y descripción de una cultura en un determinado lugar del espacio, como quien representa gráficamente un fenómeno químico en un sistema de coordenadas y abscisas. Hay que trascender esa posición en pos de una *interpretación humanista de carácter integral para esa cultura*, que fue producto de hombres como nosotros y organismo vivo en aquel momen-

to del tiempo y del espacio y, por lo tanto, sujeta a variaciones, transculturaciones y vinculaciones más o menos estrechas con otras culturas de su tiempo, que es necesario conocer para valorarlas en su justa significación. Estamos de acuerdo en que las limitaciones son ingentes, pero deben ser suplidas por la especulación del hombre de ciencia, ceñida a los principios de una lógica rigurosa, la cual, de ninguna manera, inhabilita su capacidad creadora.

Esta misma valoración exagerada de la cronología ha hecho que tome cuerpo un concepto que, como el de la absoluta horizontalidad de las culturas, contribuye también a desvirtuar no pocos esfuerzos y a dar a ciertos problemas el carácter de insolubles. En efecto, si por un momento suponemos extinguidas al mismo tiempo las culturas primitivas actuales que sobreviven en el este de América del Sud, caracterizadas por un constante nomadismo, un constante ir y venir por determinados lugares ¿a cuántos errores de interpretación no darían lugar las superposiciones halladas en ciertos lugares como consecuencia del sucesivo pasaje y ocupación temporaria de los mismos sitios por grupos humanos contemporáneos? La expansión espacial de una cultura no debe ser entendida como la expansión uniforme de una gota de aceite, sino como una violenta corriente de inundación, de expansión irregular según las facilidades que le brinda la conformación geográfica del terreno y cuya intensidad varía según los desniveles que encuentra. Así, es posible concebir, junto a lugares cubiertos por espesos mantos de agua, otros completamente secos.

También la supervaloración del trabajo de campo ha servido de lastre a las grandes elaboraciones de conjunto y ha llevado, en ciertos medios, a ignorar el valor de los trabajos de laboratorio hasta tal punto, que la expresión "trabajo de gabinete" ha adquirido un dejo peyorativo. De ninguna manera podemos estar de acuerdo con esa posición; tan importante es un paso como el otro y, sobre todo, no consideramos indispensable que ambos sean cumplidos por una misma persona. Resulta tan fuera de lugar considerar arqueólogo únicamente al de "pico y pala" como a aquel que, encerrado en su laboratorio, pretende hacer arqueología con papeles viejos. Son dos momentos que deben complementarse en su exacta medida. Y si alguna ventaja existe, debe cederse al proceso de elaboración cumplido en el gabinete, que requiere una adecuada preparación científica y filosófica unida a un riguroso espíritu de síntesis no tan accesible a todos como el conjunto de reglas y procedimientos prácticos que presiden el trabajo de campo.

Extremando el análisis, hay otras razones que, según nuestro en-

tender, contribuyen a restar trascendencia o a limitar las miras de muchos estudios de arqueología en nuestro país. Ellas son, en términos generales, la carencia de una formación filosófica básica imprescindible; la falta de un sentido o perspectiva histórica que facilite las grandes síntesis y, finalmente, la ausencia de espíritu humanístico que dé calor de vida a una reconstrucción estructurada sobre aquellos valores históricos y filosóficos.

A nadie que medite sobre los requisitos para "hacer arqueología moderna" puede escapársele la importancia de los tres factores mencionados, sin cuyo auxilio muchos esfuerzos resultarán vanos. En efecto, si la arqueología es una de las ciencias del hombre, y en eso estamos todos de acuerdo, el arqueólogo debe tener, necesariamente, una posición filosófica, de acuerdo con cualquiera de los sistemas de la filosofía, pero que debe existir como base de su investigación y como reguladora de su metodología. También hemos postulado que se trata de una ciencia histórica. ¿Puede entonces un arqueólogo darse el lujo de ignorar los principios del método histórico, su evolución acorde con la filosofía "de moda", las diversas corrientes que han orientado la historia de la historiografía y el resultado de las grandes síntesis históricas conocidas? Por último, ¿es posible intentar la reconstrucción de la cultura de un pueblo desaparecido sin que una adecuada versación humanística nos recuerde a cada instante que sus autores fueron nada más ni nada menos que hombres como nosotros?

Quizá pueda parecer demasiada exigencia para una ciencia como la nuestra, que suele ser mirada como propia de diletantes, pero es eso, precisamente, lo que queremos puntualizar: es necesario de una vez por todas dotarla de una metodología propia y de una fundamentación filosófica seria, que termine con esa arqueología que mide, analiza, describe y clasifica restos culturales como quien colecciona estampillas, y periódicamente, reúne a sus amistades para exhibir el álbum, regiamente encuadernado, con la ayuda de una lupa que magnifique el preciosismo de los detalles.

VII

El *desideratum* que pretendemos no es, en modo alguno, una quimera. Se trata de formar arqueólogos —y quien dice arqueólogos dice etnólogos y antropólogos— con sólida preparación histórica, filosófica y humanística, que serán los encargados de dar sello propio a la arqueología argentina, como lo tuvo la arqueología francesa y como lo tiene

hoy la arqueología española. Para ello, basta tan solo aprovechar lo que ya tenemos: Facultades de Filosofía y Letras, o de Humanidades, que serán las encargadas de facilitar la formación histórica-filosófica imprescindible, a la que deberá agregarse, en la proporción debida, el aprendizaje del trabajo en campaña que complete los conocimientos. Se trata de canalizar, acentuar y perfeccionar lo que ya tenemos, arbitrando los medios necesarios, y no de crear una escuela de la que salgan egresados con el título de "arqueólogos" a engrosar las filas de los profesionales fallidos. Tenemos cátedras, museos y órganos de investigación. Nos falta gente con auténtica vocación y, para encontrarla, necesitamos antes que nada formar maestros en la línea que preconizamos. Mientras el cuerpo de los arqueólogos esté formado por gente que ha llegado a nuestra ciencia desde otros campos del conocimiento, con métodos, procedimientos y formación a-históricos y a-filosóficos, no saldremos del paso. Siempre una valla infranqueable limitará los esfuerzos y entorpecerá el avance. Estaremos siempre fuera de la cuestión, como si pretendiéramos aplicar al devenir histórico las rigurosas leyes que rigen la materia.

Se impone, pues, de una vez por todas, restablecer el equilibrio entre el perfeccionamiento técnico y la cultura y, para ello, debemos superar ampliamente la crisis por la que atravesamos, con cabal conocimiento de los peligros que nos acechan en esta encrucijada. Y para terminar nuestras reflexiones, cedemos la palabra a Menghin, que por feliz coincidencia, ha definido con claridad la situación: "Los peligros de la civilización técnica que nos acechan, en última instancia, sólo pueden ser superados intelectualmente. Como expresa claramente Max Rüstow, sociólogo de Heidelberg, es necesario trabajar para elevar el desarrollo de la conciencia y la madurez moral y espiritual de la humanidad al nivel de su evolución técnica. Esto significa tanto como incrementar la comprensión de los valores más altos de la cultura humana, en medida tal que el desequilibrio tecnocrático se recompense y ya no pueda continuar la destrucción demoníaca de la cultura. Téngase o no fe en conseguirlo, de todos modos es obligación de aquellos que miran a lo profundo, accionar sobre todos los medios posibles para realizar esta obra de salvataje".³⁷

37 MENGHIN, Osvaldo: *Prólogo al volumen inicial de "Acta Praehistorica"*, revista del Centro Argentino de Estudios Prehistóricos. Bs. As., 1937.